

Domingo XIV Tiempo Ordinario

Isaías 66, 10-14c Gálatas 6, 14-18 Lucas 10, 1-12. 17-20

“¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos”

4 Julio 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“DIOS ME LIBRE DE GLORIARME SI NO ES EN LA CRUZ DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO”

Quería comenzar hoy con una frase de Nadal: “*El ganar te hace feliz momentáneamente, pero no te hace feliz la victoria, sino la satisfacción de haberte entregado el máximo para llegar ahí*”. Y al pensar en esta frase, me venía a la cabeza la alegría de los discípulos al volver triunfantes de la batalla. Volvían felices sólo porque habían vencido al Demonio, no porque se habían entregado al máximo. Y es que a veces sólo el éxito parece darnos la felicidad. Sin embargo, la alegría no se reduce al éxito, al triunfo momentáneo, que pronto se olvida. Hablar de triunfos cobra aún más fuerza en medio de un Mundial de fútbol, que despierta tantas pasiones. Ganar o perder, la gloria y la historia o caer de nuevo en el olvido. Oportunidades perdidas, la ocasión de escribir el nombre en las páginas que recogen la historia de los hombres. Para que luego nos recuerden. Sin embargo, después del éxito o del fracaso, otra vez el olvido. Porque los éxitos deportivos pasan y vuelan, como en la vida, como en todo lo que hacemos. El peligro es, sin duda, pensar que la felicidad se encuentra en las victorias momentáneas y transitorias, soñando con que sean eternas. Esa forma de pensar quiere hacernos creer que nuestra felicidad se fundamenta en el triunfo que tanto anhelamos. Lo duro de todo esto, es perder la vida persiguiendo éxitos que llegan y pasan o, tal vez, nunca llegan a ocurrir. Hay que vivir la felicidad del trabajo bien hecho, del esfuerzo diario, de la entrega silenciosa y abnegada. Es la felicidad de saber que estamos haciendo lo que Dios nos pide. **Basta con dejarnos la piel para ser felices, sabiendo que es allí donde tenemos que darlo todo.**

Jesús contempla a sus discípulos con alegría cuando regresan. Vuelven felices y llenos de fuerza. Se sienten capaces de todo: “*Los setenta y dos volvieron muy contentos y le dijeron: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.»*” Ese triunfo no se había debido a sus capacidades, sino a la acción de Dios en ellos. Pero ellos estaban muy orgullosos, porque habían vencido al mal. Explica S. Cirilo el origen de su poder: “*Antes se ha dicho que el Señor envió a sus discípulos revestidos con la gracia del Espíritu Santo y que recibieron el poder para dominar los espíritus inmundos*”. La felicidad llena sus corazones porque, seguramente, no esperaban ser capaces de vencer al Maligno, se sabían débiles. La respuesta de Jesús, sin embargo, nos sorprende: “*Él les contestó: «Veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado potestad para pisotear serpientes y escorpiones y todo el ejército del enemigo. Y no os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo.»*” Lucas 10, 1-12. 17-20. Jesús señala la verdadera razón que tenemos para estar felices: **Dios ha inscrito nuestros nombres en el cielo, en su corazón de Padre.** Dice S. Teofilacto: “*Los nombres de los santos escritos están en el libro de la vida, en la memoria y en la gracia de Dios*”. Decir que nuestros nombres ya están en el cielo, quiere decir que no hay nada que temer, porque la victoria es nuestra, porque ya hemos vencido y hemos tocado el cielo. María, nuestra Madre, logra que Cristo nazca en nuestra vida y nos adopta como sus hijos. Como dice el P. Kentenich: “*Si María inscribe nuestro corazón en su corazón, no nos olvida*

jamás. Sabemos que mientras más grande es el amor, tanto mayor es la entrega. María no se deja ganar en generosidad. Nos quiere más que nosotros a Ella”¹. Y su amor, entonces, inscritos en su corazón de Madre, nos capacita para seguir a Dios allí donde Él quiera mandarnos.

Por eso no son importantes nuestros méritos, ni nuestras hazañas, Dios nos lo da todo. Ha inscrito nuestros nombres en el cielo, no para que sean recordados nuestros éxitos personales, sino por pura gracia y misericordia de Dios. Por eso dice S. Beda: “*Porque arrojar los espíritus, así como obrar otros prodigios, no siempre procede del mérito del que obra, sino que la invocación del nombre de Cristo hace esto para condenación de los que lo invocan o para la utilidad de aquellos que ven y oyen*”. El peligro es llegar a creer que son nuestros méritos y nuestras capacidades, la causa de la victoria sobre el mal. Surge entonces el mayor de los peligros: **el orgullo**. El otro día recordábamos a **San Simeón el loco**. Antes de comportarse como un loco en su ciudad, había vivido muchos años como anacoreta, encerrado en una cueva, orando y haciendo grandes sacrificios. Descubrió entonces que Dios le pedía dejar su vida tranquila y lanzarse al mundo como un loco. Hacía locuras y se ganó pronto la fama de estar desequilibrado. Pero, al mismo tiempo, hacía milagros y ayudaba a todos los que necesitaban su ayuda. La razón del cambio la explicaba él mismo: “*Cuando vivía en la cueva, todo, incluso las mayores renuncias, me parecían fáciles de realizar. Y, al mismo tiempo, me alegraba la fama de santidad adquirida. Eso hacía que el orgullo creciera en el corazón. Por eso escuché que Dios me pedía que le entregara lo que más quería, mi propio orgullo. Así lo hice, perdí la fama y con ello, perdí el orgullo*”. El orgullo y la vanidad pueden lograr que nos alejemos de Dios. Nos hacen creer que no lo necesitamos. Así dice S. Gregorio: “*El Señor reprendió el orgullo en el corazón de sus discípulos*”. Ya lo decía S. Pablo: “*Nadie se engañe: el que se considera listo entre vosotros al modo de este mundo, vuélvase necio para ser listo de veras. Porque el saber de este mundo es necesidad a los ojos de Dios.*” 1 corintios 3.18. **S. Simeón perdió su fama y con ella ganó la libertad del corazón.**

Pensaba en este santo y veía cómo muchas veces nos importa demasiado nuestra fama y vanidad. La vanidad del éxito y el creernos mejores que otros. Nos comparamos de forma innecesaria y sufrimos cuando no somos los mejores en todo. Necedad. Sólo la vanidad logra que vivamos la vida que no queremos vivir. Haciendo lo que los demás esperan de nosotros. Comportándonos de la forma que ellos creen prudente y racional. Un loco de Dios es un necio. Sin embargo, para Dios, la sabiduría del mundo es necedad. ¿Y para nosotros? Para nosotros muchas veces es más necio el que es un loco de Dios. Cuando nos creemos indispensables, cuando pensamos que nuestra capacidad es la que está cambiando el mundo, nos enfermamos. Jesús no quiere que sus discípulos caigan en esa actitud tan destructiva. No quiere que se crean los mejores y piensen que pueden vivir sin la gracia, sin la fuerza del Espíritu. El orgullo hace que no seamos dóciles, ante Dios y ante aquellas personas que nos pueden ayudar en el camino. **Jesús quiere que pongan su mirada en la verdadera causa de la victoria: la presencia de Dios en el alma.**

S. Pablo sabe dónde hay que buscar la verdadera felicidad: “*Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Pues lo que cuenta no es circuncisión o incircuncisión, sino una criatura nueva. La paz y la misericordia de Dios vengan sobre todos los que se ajustan a esta norma; también sobre el Israel de Dios. En adelante, que nadie me venga con molestias, porque yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu, hermanos*”.

Gálatas 6, 14-18. Llevamos en el cuerpo las marcas de Jesús, sus llagas y su dolor. Y esa cruz de la que nos habla S. Pablo es la que le da sentido al camino y nos enorgullece; hemos sido crucificados con Cristo para siempre y es nuestro único orgullo. Sin embargo, el hecho de gloriarnos en la cruz resulta algo extraño. El dolor y la cruz nos parecerán

¹ J. Kentenich, María, si fuéramos como tú, 148

siempre despreciables, a no ser que Dios cambie radicalmente el corazón, como lo hizo con S. Pablo. Nos gloriamos con más frecuencia en nuestros éxitos y capacidades. Sólo si cambiamos podremos gloriarnos en la cruz de Dios y aclamar con **el salmo**: “*Aclamad al Señor, tierra entera. Aclamad al Señor, tierra entera; tocad en honor de su nombre; cantad himnos a su gloria; decid a Dios: « ¡Qué temibles son tus obras! » Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios, sus temibles proezas en favor de los hombres. Transformó el mar en tierra firme, a pie atravesaron el río. Alegrémonos con Dios, que con su poder gobierna eternamente. Fieles de Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo. Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica, ni me retiró su favor*”. Sal 65, 1-3a. 4-5. 16 y 20. **Aunque muchas veces no logramos vivir así.**

La promesa de Dios, recogida en estas palabras de Isaías, reflejan el espíritu con el que tenemos que vivir, aquellos que somos enviados por Dios a la misión de la vida:

“*Festejad a Jerusalén, gozad con ella, todos los que la amáis, alegraos de su alegría, los que por ella llevasteis luto. Mamaréis a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos, y apuraréis las delicias de sus ubres abundantes. Porque así dice el Señor: « Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz, como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones. Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán; como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados. Al verlo, se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos florecerán como un prado; la mano del Señor se manifestará a sus siervos. »* Isaías 66, 10-14c. Dios nos consuela, y todo florecerá a nuestro alrededor, cuando dejemos que sea Dios el que conduzca nuestros pasos. **Nuestra alegría brotará en el corazón a través del amor de Dios, que se entrega en nuestros corazones.**

Hoy el Evangelio nos habla del envío de 72 apóstoles a llevar la Buena Nueva: “*En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir Él*”. Dice **S. Gregorio**: “*El Señor sigue a sus predicadores. La predicación prepara y entonces el Señor viene a vivir en nuestra alma*”. La misión siempre nos sorprende. En primer lugar, sorprende que elija a 72 hombres. Dios elige sólo a unos pocos. **¿Por qué a éstos y no a otros?** El **P. Kentenich** nos dice: “*Dios elige a quienes quiere y cuando quiere. Elige porque Él es bueno, no porque el elegido lo sea. Prefiere desposarse con la debilidad y pobreza humanas. Sobre esa base se manifiesta más bella su misericordia*”². Dios eligió a 72 para una misión concreta y nos recuerda que nos sigue llamando hoy, a cada uno para seguir un camino. En el número simbólico 72 se esconde el misterio de nuestra propia vocación. Dios necesita desposarse con nuestra debilidad. Y, lo más interesante, nos manda, como a esos discípulos, solos delante de Él. Tiene la confianza de que vamos a poder preparar el terreno, el camino para la llegada del Señor. **¿Por qué no va inmediatamente con ellos?** Porque quiere que sus vidas, nuestras vidas, preparen el terreno. **Quiere confundir al mundo con nuestra necesidad y pobreza, aunque esa experiencia del límite sea la que siempre nos desconcierta.**

Por eso mismo, al ser enviados, surge la duda: ¿Seremos capaces? Dice **S. Juan Crisóstomo**: “*¿Cómo será posible que nosotros, tan pocos en número, podamos convertir a todo el mundo; los sencillos a los sofistas, los desnudos a los vestidos, los súbditos a los que dominan? Todo está preparado. Os envío a la recolección ya preparada de frutos. En el mismo día podéis sembrar y coger*”. La única justificación del envío, es que Cristo ya lo ha preparado todo. Él tiene en su mano la victoria. Él capacita a los elegidos, nunca elige a los capacitados. Eso nos tranquiliza, no son nuestros talentos y habilidades los que despiertan el interés del Señor por nosotros. Es más que eso, el motivo de la elección es el deseo de Dios de tener hijos que lo amen con locura. **Pero más aún, Él quiere tener hijos a los que poder amar con locura. Quiere hijos que abran el corazón a su gracia y se dejen querer.**

² Ibídem, 116

Esta misión a la que somos enviados, tiene algunas características que hoy nos pueden ayudar en nuestra meditación. EN PRIMER LUGAR, LA MISIÓN ESTÁ MARCADA POR LA DESPROPORCIÓN: “*Y les decía: «La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos»*”. El terreno es demasiado grande y los obreros pocos. Las pretensiones y sueños muy altos y nuestra pobreza muy manifiesta. Somos débiles y el peligro inmenso. ¿*Acaso no le pedimos que Dios llame a muchos a dar su vida por su Reino?* Sabemos que hay mucho que hacer. Amamos el mundo, pero nos gustaría que fuera diferente. Hay cosas que nos sublevan. Nos duele la injusticia, el hambre, la pobreza, la mentira, el odio, la guerra. Nos duelen tantos males que suceden a nuestro alrededor y no sabemos cómo combatirlos. Nos sentimos débiles, en número y en fuerza. Cristo nos ha enviado como corderos en medio de lobos. Eso lo comprobamos continuamente. Muchas veces sentimos que nuestro testimonio no basta. No logramos cambiar a las personas a las que más queremos, entonces, *¿cómo vamos a cambiar a tantos que no conocen a Dios?* Nuestra impotencia contrasta con la fuerza del mal y el pecado. **Nos sentimos desvalidos, como corderos que no pueden ni siquiera luchar.**

LA MISIÓN EXIGE, EN SEGUNDO LUGAR, VIVIR DE LA PROVIDENCIA: “*No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias*”; Dice **S. Ambrosio**: “*El Señor nos quiere desprender de todo lo terreno*”. Cristo nos manda sin nada, para que no pongamos nuestra seguridad en los bienes terrenos, en aquello que nos puede apartar de lo esencial en la vida. El desprendimiento de todo lo que nos ata es la condición para seguir a Jesús, como ya escuchábamos en el Evangelio de la semana pasada. Pero ahora, además de cortar con lo que nos ata, se nos pide que no volvamos a confiar en nuestras seguridades, sino sólo en Dios y en su plan de misericordia. Se nos pide que vivamos confiando en la Providencia, en **un Dios personal que nos conduce por donde Él quiere, y sólo quiere que confiemos**.

LA MISIÓN, EN TERCER LUGAR, EXIGE PRONTITUD. **Nos pide que no perdamos el tiempo de cualquier forma:** “*Y no os detengáis a saludar a nadie por el camino*”. Dice al respecto **S. Cirilo**: “*Porque es un daño emplear en vano el tiempo de la predicación, a excepción de las cosas necesarias*”. Muchas veces perdemos el tiempo en cosas que no merecen la pena. El ocio, nuestro tiempo libre, nuestro tiempo que es oro, *¿cómo lo utilizamos? ¿Cómo hacemos que el tiempo, que es un bien tan preciado, pueda ser aprovechado siempre?* Es difícil aprovechar bien nuestro tiempo, si no tenemos clara la misión que Dios nos encomienda. Sin embargo, cuando sabemos bien lo que Dios quiere de nosotros, es más fácil aprovechar bien el tiempo que tenemos. ¡Qué importante es tener bien claras las prioridades en nuestra vida! No siempre se da a nuestro alrededor. Muchas personas viven sin rumbo, despistadas, sin saber bien lo que tienen que hacer, ni dónde deben colocar todas sus fuerzas. **Se detienen por el camino e invierten su valioso tiempo en cosas y en personas, que no les ayudan a cumplir su misión.**

Es verdad, no obstante, que a veces no es fácil distinguir y reconocer dónde quiere Dios que estemos. Es tan grande la misión, que podemos llegar a creer que Dios nos quiere en otro lugar diferente y que estamos perdiendo el tiempo. A veces podemos pensar que nuestra misión no es tan importante como la de otros y que tal vez deberíamos seguir buscando. La tentación de compararnos siempre va a darse en nuestro corazón. Nos comparamos continuamente y miramos en menos aquello que hacemos con nuestra vida. Si nos toca cuidar a los hijos y la familia que Dios nos ha confiado, pensamos que sería más productiva nuestra entrega en otra misión con los pobres y necesitados. Si vivimos volcados en la oración, podemos llegar a pensar que seríamos más útiles dando la vida por los que no conocen a Dios. Si nos toca vivir en la misión sin encontrar mucho fruto, podemos creer que nuestra misión es educar hijos cristianos que cambien el mundo. Siempre las comparaciones nos perturban y nos hacen creer que

perdemos el tiempo. No dejemos que el demonio nos convenga de que nuestra entrega es infructuosa y que, por lo tanto, no merece la pena. El fin último, ya lo hemos dicho, **no es el fruto manifiesto, sino la alegría de la entrega generosa cada día, sabiendo que nuestro nombre está inscrito, grabado con amor, en el corazón del Padre.**

EN CUARTO LUGAR, LA MISIÓN TIENE COMO FIN ENTREGAR LA PAZ: *"Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa." Estamos llamados a dar la paz: "Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros".* Dice **S. Juan Crisóstomo:** *"La paz es la madre de todos los bienes. Sin ella todos los demás bienes son inútiles."* Nuestra misión es regalar la paz aquellos que Cristo ha puesto en nuestro camino. Los importantes son ellos. Pero sólo podemos entregar paz y amor si los llevamos en nuestro corazón. Cuando amamos de verdad sólo podemos dar lo que hemos recibido gratis. Ya lo decía la **Madre Teresa:** *"El amor verdadero es entrega. Cuanto más amamos más nos entregamos. Si verdaderamente amamos a las almas, debemos estar dispuestas a ocupar su lugar, a tomar sobre nosotras sus pecados. Sólo así nos convertiremos en instrumentos suyos y hacemos de ellas nuestro fin. Al dar lo poco que poseemos, lo damos todo"*³. La misión nos exige llevar la paz a muchos corazones, entregar el amor que falta en el mundo, dar la vida por amor y saciar la sed de Dios que padece el mundo. La misión es grande, pero la misión comienza en el propio corazón. Cristo quiere que nuestra vida sea paz y amor, para poder regalar lo que el mundo busca con ahínco. La paz es el don que más hace falta en nuestro mundo. Hay muchos corazones sedientos de una paz verdadera. La violencia, las enfermedades del alma, la soledad, son los males que están presentes en muchas vidas. **¿Qué entregamos nosotros?** Cuando vamos corriendo y sin tiempo, sin alegría y sin paz en el corazón, no podemos regalar el don del Espíritu que Dios ha puesto en nuestras almas. Muchas veces damos paz, y si vivimos el rechazo, la paz desaparece y no vuelve a nosotros; nos llenamos de ira y gritos, de rabia y malas palabras. Ya no hay paz. **Hay que pedirle a Dios una paz que nunca nos deje, que se arraigue en nosotros y no se pierda.**

LA MISIÓN, EN QUINTO LUGAR, EXIGE FIDELIDAD Y PERSEVERANCIA: *"Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: "Está cerca de vosotros el Reino de Dios."* La misión hace que nos demos por entero, sin medir las fuerzas, sin calcular si podemos dar respuesta a todas las necesidades. Dios nos quiere enteros, para que podamos darlo absolutamente todo. Nuestra presencia es la presencia real del Reino de Dios en el mundo. Nuestra vida, con su amor crucificado, es la semilla de Cristo en los corazones que nos reciben. Cada día **tenemos que pedir el don de la fidelidad, el regalo de perseverar siguiendo sus pasos.**

LA MISIÓN, EN SEXTO LUGAR, PUEDE ESTAR MARCADA POR EL FRACASO Y ES IMPORTANTE NO CAER EN EL DESÁNIMO: *"Cuando entréis en un pueblo y no os reciban, salid a la plaza y decid: "Hasta el polvo de vuestro pueblo, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros. De todos modos, sabed que está cerca el reino de Dios."* Os digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para ese pueblo. » Comenta **S. Gregorio respecto al fracaso:** *"El que predica con el solo fin de la alabanza o de la recompensa de este mundo, se priva de la del cielo".* Nuestra meta no es el éxito final. El resultado no depende de nosotros, está en las manos de Dios, Él irá allí donde vamos; Él sigue nuestros pasos, al mismo tiempo que nosotros seguimos sus huellas. Está claro que nuestro testimonio de coherencia y fidelidad, tiene una fuerza transformadora de la realidad. Sin embargo, la vida que se despierte con nuestra entrega, no es algo que se pueda pretender. **Nuestra alegría está en el camino, no en la meta, ni en el éxito. Nos entregamos sin esperar la recompensa de la alabanza y nos gloriamos en la cruz, el verdadero distintivo del cristiano.**

³ Madre Teresa, Ven, sé mi luz, 400